



NOVELA SEMANAL

FERNAN CABALLERO



30 cts.

LA NOVELA SEMANAL

AÑO V

30 MAYO DE 1925

NÚM. 203

FERNÁN CABALLERO

Dicha y suerte

(Ilustraciones de RAMÓN MANCHÓN)



PUBLICACIONES
PRENSA GRÁFICA
MADRID

FERNAN CABALLERO

Cecilia Böhl de Faber, conocida universalmente por el españollísimo nombre de Fernán Caballero, es uno de los legítimos maestros de la novela española en la primera mitad del siglo XIX y pintor excelente de la vida, tipos y costumbres de Andalucía.

Nació en Morges, ciudad suiza del cantón de Vaud, el 24 de Diciembre de 1796. Su padre, Juan Nicolás de Böhl, cónsul de Alemania en Cádiz, donde contrajo matrimonio, era un entusiasta de la literatura española. Eruditamente capacitado para ello, publicó interesantes estudios críticos, tales como Flores-ta de rimas castellanas, El teatro español anterior á Lope de Vega, etc.

La influencia del Sr. Böhl en la afición á las letras en su hija es indudable. A Juan Nicolás Böhl debemos tal vez que España haya tenido uno de los mejores costumbristas de nuestra literatura por como supo adivinar, aleñar y encauzar las naturales disposiciones de la que había de hacer glorioso el seudónimo de Fernán Caballero.

Los comienzos literarios de Cecilia Böhl son estudios certeros sobre los clásicos ó de los autores modernos de Francia, Italia, Inglaterra y Alemania, cuyos idiomas poseta á la perfección.

Cecilia Böhl, que pasó su primera edad en Alemania, vino á Cádiz en los albores de la juventud. Allí contrajo matrimonio con el capitán de artillería Pílanes, al que acompañó en su viaje á Puerto Rico. Enviudó, viéndose obligada á acogerse á la protección del capitán general de la isla, en cuya casa-palacio habitó hasta que pudo disponerse el regreso á España. En 1822 casó de nuevo con el marqués de Arcohermoso, enviudando por segunda vez en 1835. Todavía estaba condenada Cecilia Böhl á sufrir otro golpe de esta naturaleza con la pérdida de su tercer marido, Antonio Arrom de Ayala, cónsul en Australia, muerto en 1863. Es curioso, en el triple matrimonio de Cecilia, el caso de que en ninguna de sus tres elecciones para tomar estado mediara el cálculo ni la prosaica conveniencia. Las primeras nupcias fueron á los diez y seis años de su edad, y sus padres la indujeron á ellas por sorpresa creyendo, dada la ilustre familia del novio y su brillante carrera militar, que á su hija le esperaba una vida feliz. En las segundas, aunque el lustre nobiliario y la cuantiosa fortuna del marido, y el estar éste enamorado de Cecilia antes de que contrajera su primer matrimonio, eran circunsancias que las justificaban, la falta de salud del marido y la pérdida total de su fortuna, poco antes de morir aquél, constituyeron para Fernán Caballero una nueva etapa de desdichas; y en las terceras, la desgraciada gestión mercantil de su esposo y el suicidio, que fué complemento de la misma, amargó más y más una existencia tan poco halagüeña.

Catorce años después de la muerte de su tercer marido, el 7 de Abril de 1877, morla en Sevilla Fernán Caballero, ya octogenaria, y venerada por igual de las gentes humildes, aristocracia y los críticos de su tiempo. Siempre, pero sobre todo en el último tercio de su vida, Fernán Caballero repartía

por igual sus horas entre las prácticas religiosas y el cultivo de las letras.

Tal vez el afán catequístico, su obsesión de proselitismo católico, quitan á toda su obra algo de frescura y de vigor naturalista, y si bien contribuyó á que se divulgara mejor y más pronto entre las clases elevadas, afianzando en éstas sentimientos de curioso y admirativo impulso hacia el pueblo, tiene hoy día á las miradas de otro siglo un acento dulzón y sensiblero que, por otra parte, no impide la fuerte y recia expresividad de su entrañable condición realista.

«Las novelas de Fernán Caballero—dice el malogrado Andrés González-Blanco en su *Historia de la novela en España*—tratan una bocanada de aire nuevo, aquí donde era entonces tan necesario. El país, abrumado por la pesadez interminable de los novelones de Pérez Escrich, pedía á gritos algo diferente, más jugoso, más fresco, más vital; esto lo encontró en Clemencia, en La gaviota, en La familia de Alvarada, relatos de sucedidos, impresiones de la vida ordinaria. Que la tendencia pedagógica empaña el lustre artístico de algunas obras de Fernán Caballero, lo reconozco; mas por lo mismo, muy grande había de ser su autora y muy emocionantes sus cuadros vulgares para que, á pesar de su intención docente, encantaran á sus contemporáneos y nos encanten aún.»

Y D. Marcelino Menéndez Pelayo, tan poco sospechoso en este particular, tan ortodoxo desde los sendos puntos de vista confesional y literario, luego de asegurar que Fernán Caballero poseía el mérito supremo de haber creado la novela moderna de costumbres españolas, la novela de sabor local, añade:

«En los que llama cuadros de costumbres, como en muchas de sus novelas, donde la acción es escasa y los personajes y las escenas de familia son todo rayó tan alto como el que más en este linaje de escri

bir, aunque no estaba inmune de cierto sentimentalismo á la inglesa, enteramente extraño á la índole de las escenas que describe, ni tampoco se libraba del inmoderado afán de clamar á todo propósito y de interrumpir sus mejores cuentos con inoportunos, si bien encaminados sermones.»

En 1831, y en un periódico de Hamburgo, publica su primera narración andaluza, Sola, escrita en alemán. En 1849 vuelve á publicarla, traducida por ella misma al castellano, en El Semanario Píntoresco Español.

Pocos años antes, y ya con el seudónimo de Fernán Caballero, insertó en El Heraldo, periódico de Madrid, la novela La gaviota, que alcanzó un gran éxito. Fernán Caballero colaboró durante varios años en diversos periódicos, especialmente de Sevilla, como La Bética, La España Literaria, Revista de Ciencias, Literatura y Artes, La Verdad Católica, El Ateneo y El Gran Mundo.

El padre Blanco dice: «Las narraciones de Fernán Caballero, con las de Alarcón, constituyen el pedestal de oro sobre que se levantó después la novela contemporánea.»

Y José María Asensio, uno de sus más entusiastas biógrafos, añade: «La cualidad más excelente de la de trazar los caracteres con pasmosa verdad, poniendo de relieve la figura del personaje y su fisonomía moral, de manera indeleble en el ánimo de los lectores. En este punto se iguala á los más célebres escritores, á Shakespeare y á Cervantes. La Marina, protagonista de La gaviota; el Don José, mentor de las Tres almas de Dios; Clemencia y Perico Alvarada, con otros muchos que forman numerosa galería de personajes vivos.»

Fué dando sucesivamente á luz otras producciones que aumentaron su fama; y por haberse distinguido

muy especialmente en el arte difícil de pintar con sus colores propios las costumbres españolas, y en particular las de Andalucía, ha sido considerada como inventora de este género de literatura popular, en el que tiene muy pocos imitadores felices. La justa reputación de la gran novelista ha sido también aumentada por el estudio detenido y por la juiciosa crítica que han hecho de sus obras eminentes escritores extranjeros.

Fernán Caballero escribe con arte, pero sin artificios literarios. Es natural en sus descripciones; tiene exactitud en la expresión de los hechos; usa de delicadeza y propiedad en las imágenes y caracteres de los personajes que retrata, y, por último, nótese en la narración cierto espíritu de candor y bondad que llega al lector como el aroma suave de todos sus escritos.

La mejor prueba de la aceptación con que el público ha recibido siempre las novelas de Fernán Caballero son las numerosas ediciones que se han hecho en España y fuera de ella. Aun sin contar las particulares de esta ó de aquella producción determinada y omitiendo referir las que han visto la luz pública en los folletines de diferentes periódicos, se han multiplicado las ediciones de una manera muy notable. Conócense más de ocho versiones al francés, tres al alemán, una al bohemio, otra al holandés, otra al inglés, dos al catalán y otra, finalmente, al ruso.

Esta inmensa popularidad contrasta de una manera admirable con la modestia de la ilustre escritora, que, mientras le duró la vida, se negó obstinadamente á facilitar datos para poder publicar con seguridad algunos apuntes biográficos. Llegó á tal extremo esta indiferencia por todo lo que debía enaltecer justamente su alta reputación literaria, que habiéndose traducido en Bélgica una de sus obras, titulada Relaciones populares, para que sirviese de texto en las

escuelas, el Gobierno de aquella nación tuvo á bien honrar á Fernán Caballero á aceptar el honor que se le quería dispensar, porque se trataba no de un hombre, sino de una señora.

Desgracias de familia y reveses de fortuna la obligaron á abandonar, en 1856, la ciudad del Puerto de Santa María, donde residiera largo tiempo, antes y después de la muerte de su padre. Entonces fué cuando la Reina Doña Isabel II, que la visitó personalmente (lo mismo que los Infantes Duques de Montpensier), admiradora entusiasta de las producciones literarias de Fernán Caballero, le concedió, para que la habitase, una de las casas situadas en Sevilla, en el patio de las Banderas, perteneciente al Real Patrimonio.

Y así, en la sombra del antiguo alcázar de Abd-al-Aziz, San Fernando y Don Pedro el Justiciero, escribió Cecilia Böhl la mayor parte de sus narraciones andaluzas.



DICHA Y SUERTE

CAPITULO PRIMERO

SANLÚCAR Y EL COTO DE DOÑA ANA

ANSADO de arrastrarse por despobladas y monótonas marismas, llega el Guadalquivir á Sanlúcar, término de su carrera. El mar le viene al encuentro ensanchando su cauce, á fin de que sea grandioso y digno lugar para la entrevista de los dos potentes soberanos: el de las aguas mansas y dulces y el de las aguas amargas y agitadas.

Este lugar forma el fondeadero de Sanlúcar, que pierde la importancia que podría tener por la facilidad que á los buques presta el río para subir hasta la capital de Andalucía.

Bonanza es el apropiado nombre que lleva el desembarcadero establecido en las aguas bonancibles; está situado á alguna distancia, río arriba, del pueblo, cuya playa recibe todavía las embes-

tidas del mar que penetra en la ancha desembocadura del río, y de las que lo guarece una extensa playa de arena en la que se han cavado navazos y plantado viñas.

Dividese el pueblo en dos partes. La una, denominada *Barrio bajo*, es en extremo larga, y se ha labrado entre la playa y un monte, sobre el que está situada la otra, que se denomina *Barrio alto*. La llana plataforma de este monte la ocupa, hacia el lado de las marismas, un castillo moruno con su soberbia torre, sobre cuyo turbante de almenas ondean, cual penacho, abigarradas banderas, con las que anuncia los pacíficos huéspedes que al río envía la mar, pues la anciana guerrera, por no estar ociosa, se ha metido á vigía.

En el centro de la plataforma se alza el palacio, ó más bien la fortaleza, que es casa solariega de los descendientes de Guzmán el Bueno, duque de Medina-Sidonia, cuyo jardín ocupa las vertientes más escarpadas del monte, en términos que parece una formidable muralla que para defensa del castillo levantara el terreno y que hubiese enlucido con vegetación.

El tercer edificio, ó tercer florón de la diadema que corona á Sanlúcar, es el palacio de Verano, recientemente construido allí por los señores infantas duques de Montpensier, que goza en toda su pureza, como el primero en recibirlas, la frescura de las brisas del mar, las que se encargan

de mecerles las palmeras y llevar á tan augustos moradores los perfumes de sus jardines. Si las brisas se perfuman con las flores para refrescar sus frentes, para satisfacer sus corazones se santifican también con la bendición de todo un pueblo que alza sus ojos agradecidos hacia la Providencia terrenal puesta allí por la celeste para su amparo y su consuelo.

Centros de barrios perfectamente labrados; cabos de barrios alegres, limpios y, aunque pobres, sin miseria; hermosísimas iglesias, bellísimos conventos que desmorona el abandono; abundancia de fuentes de exquisitas aguas, abundancia de ricas frutas y legumbres: esto se ve y se halla en Sanlúcar de Barrameda, constituyendo uno de los pueblos más bellos, el que, promediando la distancia de Sevilla á Cádiz, participa algo de la fisonomía de ambas capitales.

En la orilla opuesta del río empieza el magnífico coto de Doña Ana, propiedad de los duques de Medina-Sidonia, que ocupa el espacio de diez leguas, coto que encierra los más variados caracteres de la Naturaleza, con todas sus galas y todas sus arideces. Estéril en sus arenales, frondoso en sus cañadas, agreste en sus montes, ameno á orillas de sus lagunas, sombrío en sus bosques, risueño en sus llanuras, grandioso en sus playas, reconcentrado en sus valles, es, alternativamente, desierto y paraíso, vergel y páramo, Arcadia y Tebaida.

Es el coto un pequeño mundo primitivo en todo su lozano libre albedrío. Allí no se ha introducido aún la civilización agrícola; es allí exótico el arado que desgarrar la florida superficie de la tierra; es desconocida la podadera, que suprime lo bello en favor de lo útil; no se ha dividido el terreno como un tablero con linderos; no se ha empobrecido la libre creencia con desmontes; no se ha impuesto á los árboles, como á los quintos, el formar en monótona simetría; no se ha dicho á las plantas: *sed productivas*, y sólo rige allí el primitivo mandato, *creced y multiplicaos*.

Como es de suponer, en aquel inmenso des poblado campan por su respeto todos los animales que el hombre avasalla ó destruye. En los altos pinares se anidan á miles las urracas y se ceban los jabalíes; en sus vastas llanuras corren cerriles las yeguas andaluzas, que según tradición griega eran fecundadas por los vientos; en sus frondosos bosques de alcornoques triscan airosos los ciervos y trepan los gatos monteses; en dilatados prados de romero, que rivalizan en perfume con el tomillo, el almoradux y la mejorana, se deleitan numerosas tribus de tímidos conejos y asustadizas liebres; en el monte bajo se instalan las zorras y los lobos, y entre los riscos las serpientes y los lagartos. En el siempre fresco lentisco y el vistoso madroño, la picada y sombría sabina, el escobón de doradas flores, el erguido labiérnago, en todo aquel edén de vegetación cantan un

sinnúmero de variados pájaros, mientras á poca distancia de la dehesa brama el toro bravo, aquí arrulla la tórtola, allí relincha el indómito potro, silba el mirlo y aúlla el lobo, trina la alondra y grazna el pato, gorjea el ruiseñor y gruñe el jabalí, bala la cabra y gritan las urracas, y sobre todo este inmenso conjunto se eleva en su soberbio vuelo y se cieme en campo azul de esmalte la noble águila, como las armas vivas de este magno señorío del heroico defensor de Tarifa.

CAPITULO II

DEL ARCA DE NOÉ Y LOS PATRIARCAS

Si hubiésemos sido el arquitecto que labró en este coto el palacio que existe y en el que el año de 1624 obsequió el duque de Medina-Sidonia tan regimiento al rey Felipe IV, hubiésemos dado á este palacio la forma más apropiada á su situación, que hubiera sido la del arca de Noé.

En aquel coto, que quizá como ninguno otro paraje de Europa nos representa la Naturaleza en su primitivo estado, bello, inculto y despoblado, pueden figurar propiamente el papel de Noé, los guardas puestos allí por los duques y cuyos cargos se suelen heredar de padres á hijos. En aquella soledad, de la que, sobre todo los ancianos, casi nunca salen, conservan en su ca-

rácter y costumbres mucho de patriarcal y de inocente. ¡Qué triste idea es la de que si bien la sociedad sirve para civilizar al hombre también sirve para pervertirlo! No hay sino comparar la indole y la moral de los pobres del campo con la de los pobres de las ciudades, para confirmarse en esta verdad; los primeros honran y hacen bella y noble la pobreza; estos últimos la degradan y la hacen viciosa y repugnante.

En una de estas guarderías había pasado su vida el tío José, á la sazón viudo y con tres hijos. Dos de éstos eran casados y guardas también; el menor era cortador de leña y trabajaba con los que arrendaban las cortas para hacer con ellas carbón. Dirigir estas cortas, para lo que se necesita una inteligencia especial en el ramo de arbolado, es uno de los cargos de los guardas mayores.

El hijo menor, que se llamaba Vicente y tenía veintitrés años, á una hermosa figura, á un genio alegre y bondadoso, unía una gran cultura moral que había ingerido el padre á toda su familia con sólo hacerse respetar, puesto que el respeto es la base de toda verdadera cultura. Como siempre se ve, ese mismo respeto había engendrado en sus hijos el más entrañable cariño hacia él, pues es muy rara la cosa que se respeta y no se ama. Como los impulsos que reciben obran tan irresistiblemente en los hombres, el del respeto que habían dado los hijos del tío José á sus mujeres



... se llamaba Vicente, tenía veintitrés años y á una hermosa figura, á un genio alegre y bondadoso...

é hijos no era solamente seguido por éstos, sino, á su vez, comunicados á cuantos trabajadores iban al coto á las cortas de leña y hornos de carbón, y nunca pudo un mortal representar mejor que el guarda mayor á aquellos jefes primitivos, cuya voluntad, sin luchar con rebeldías, era, á la vez, núcleo que unía, impulso que guiaba y voluntad que regía.

Aunque los dos hijos mayores del guarda eran casados, ninguno se había atrevido á fumar en su presencia, á pesar de que su padre fumaba y nunca les había prohibido el hacerlo, pero el culto instinto del respeto, tan perdido en la actualidad en que lo reemplaza al incultísimo *sans façon*, les sugería que el dejarse ir á ese poco fino gogo, que implica poca compostura, era faltar al respeto, aún del hombre rústico. Jamás se sentaban si su padre estaba de pie; nunca hablaban de su persona denominándolo *él*, sino su *mercé*, y de esa misma respetuosa expresión se valían en su presencia. Todas estas cosas nos constan, y por eso las referimos, así como, por último, este rasgo; habiendo venido el tío José en una ocasión á Sanlúcar, y parando en casa de uno de sus hijos, entonces recién casado y establecido allí, su nuera, que sólo tenía una sala y una alcoba contiguas, después de prepararle á su suegro una buena cama en la sala, se fué á pasar la noche en la habitación de una vecina viuda, dejando solo á su marido, que así lo dispuso, en la cama matrimonial.

Hermoso, robusto, alegre, sano de corazón, se había criado Vicente en aquella grandiosa Naturaleza primitiva, con aquellas costumbres patriarcales, siempre respirando aquel aire puro, siempre bajo los ojos de Dios y los de su padre. ¿Qué tiempo, qué ocasión, qué ejemplo, qué seducción al mal hubiese podido tener Vicente? No; vivía tal cual es la no viciada vida: trabajando, descansando; lo primero voluntaria y concienzudamente, y lo segundo con paz y contento. Los sábados por la noche desaparecía Vicente. Después de un día de fuerte trabajo, sus pies hallaban toda la agilidad que da el descanso para andar en breve rato media legua, que dista la morada del guarda mayor de la orilla del río; desde allí lo pasaba la barca al muelle de Bonanza, refrescando en la travesía las brisas de la mar su acalorada frente. Saltaba en tierra, y con los bríos de veinte años y apresuramiento del deseo, corría el cuarto de legua que separaba á Bonanza de Sanlúcar. El domingo, á la hora de la comida, estaba de vuelta. El padre sabía sus escapatorias y adivinaba su objeto, pero se desentendía; otorgar, era contra su dignidad; prohibir, era traspasar sus derechos de padre, y el instintivo criterio de aquel campesino lo guiaba de un modo tan admirable, como no resulta por cierto de la sutil ciencia del mundo.

CAPITULO III

LA HUERTA DEL TIO CURRO Y SU MÁS LINDA ROSA

Hacia el lado de Bonanza, y siempre en línea recta, se prolonga interminablemente la población, formando una calle que, empezando en la plaza de los Caños del Campillo, concluye entre sólo dos hileras de casas hasta entrar en el paseo y hallar sombra debajo de los árboles.

Las casas que del lado derecho, esto es, hacia el monte, hacen espalda á las de esta calle, tienen al frente un camino terrizo y un ancho vallado. Entre este vallado y el monte hay unas huertas que, resguardadas por éste del furor de los levantes, y por las casas del de los temporales, forman por su situación una especie de invernáculo general para las plantas que allí se crían sin embates, como monjas en sus conventos.

Una de las huertas en que vamos á entrar estaba cultivada con un esmero que incluía el primer de manera que más que huerta, parecía un jardín rústico. Sus primitivos dueños debieron haber cifrado su placer y pasatiempo en hermo-

searla, particularmente con profusión de árboles.

Del camino le separaba el mencionado vallado, tan ancho y frondoso, como que tenía el espesor de un muro de fortaleza, muro en el que si bien las osadas tropas ligeras muchachiles solían abrir pequeñas brechas para coger moras ó nidos de pájaros, el ingeniero que lo edificó le restauraba sin ruido y sin presupuesto, con incansable perseverancia. Descollaban entre zarzas, lentiscos y espinos de trecho en trecho, cual alertas centinelas, lanza en ristre, las erguidas pitas (áloes), expresando pantomímicamente el ¡atrás! con un puyazo al que intentaba traspasar los límites del recinto confiado á su custodia.

Separábala de la huerta contigua una hilera de chopos de Lombardía, como una fila de granaderos con verdes penachos, que llevaban cañas de maíz por sables y viñas por correas y cartucheras.

Del lado opuesto la defendían de las usurpaciones de la vecina una batería de granados, que fundían sus dulces proyectiles con las enrojecidas flores que al intento producían.

Dos enormes morales tenían su solar en el fondo de la huerta, en donde, como señorones rancios y de buena ley, daban su sombra á la noria, sus frutos al hombre, sus hojas á los gusanos de seda, su alto amparo á los pájaros, su apoyo á la hiedra, y nada pedían, en cambio, sino que los dejaran vivir en paz.

Apoyaba la huerta su espalda de naranjos sobre la enramada cuesta del monte, como en el blanco y perfumado respaldar de un ancho sillón. Las legumbres, bien cuidadas y bien colocadas, medraban tanto, que parecía la huerta el instituto modelo de Vertumno; así era que, creyéndose dignas de figurar en exposiciones, la vanidad había trastornado las mollerías de las antes tan molestas y sensatas hortalizas. Las coliflores habían añadido á su nombre el bonito nombre de sus madres; los finchados alcauciles repudiaban todo parentesco con las alcachofas y cardos, que calificaban, á pesar de ser sus abuelos, de incultos y bastardos. El apio, que pretendía descender de la hija de Esculapio Panacea, cuyas virtudes poseía, derivaba su nombre de este dios, su antepasado; hasta las calabazas de mala tez, pero de buena índole, se soplaban como globos, esperando así obtener por mote de sus armas el conocido aserto de *lo que no ve en la calidad va en la cantidad*. Unicamente el perejil y la hierbabuena se lamentaban en un rincón del ínfimo precio que valía un manojo de sus ramas, á pesar de hallarse enaltecida la una con el mismo glorioso sobrenombre de los Guzmanes, señores del pueblo, y el otro con la más encantadora de todas las prerrogativas: la de alegrar el corazón.

En aquel lugar, antes que en otro alguno, abría la Primavera sus ojos de rosas al despertarla las



... había criada, en competencia con sus rosales, á una hija llamada Rosa, que corría pareja con las de aquellos...

golondrinas; y cuando la acosaban los calores del estío, allí hallaba su último refugio, que le *procuraba* el hortelano con el riego de su noria.

Este hortelano era el tío Curro, quien había criado, en competencia con sus rosales, á una hija llamada Rosa, que corría pareja con las de aquéllos, á los que el tío Curro llamaba sus compadres por haber sido padrinos de su hija y haberle puesto nombre. No sabemos si era debido á esta causa el que Rosa fuese bella, aristóticamente fina, blanca, rubia y delicada como las de su nombre. Unía Rosa á esto una de esas indoles de mujer que no tiene más manantial de felicidad ó de tormento en la vida que el del cariño, y que no conciben que otro interés ni objeto alguno pueda encerrar la existencia.

La docilidad de su carácter era sólo comparable á la constancia de su sentir; su voluntad era nula, menos cuando la regía su corazón; entonces era el suave y resistente junco, siempre cediendo, mas nunca quebrado. Cuando la hallamos, á los diez y ocho años, hábil costurera, co-siendo en su cuarto, mientras su madre hacía las faenas de la casa, estaba triste y abatida, porque sus padres, y en particular el tío Curro, se oponían á sus amores, cuyo objeto era Vicente, y deseaba para ella un partido ventajoso que se la presentaba.

El tío Curro era un buen hombre, franco y de buen sentido, que había sido soldado, y que lle-

vaba ligera y alegremente la vida como había llevado la mochila.

Su mujer era seria, seca y de pocas palabras, lo que no impedía que fuese, como todas las mujeres del pueblo, amante esposa y apasionada madre.

CAPITULO IV

DON PRÓSPERO Y LA BUENA SUERTE

Sumergíase con calma el sol en el mar para salir limpio y radiante en otro hemisferio. Las tareas campestres del hombre habían concluido, y el tío Curro, después de haber soltado el agua de su alberca, la que, repartida en todas direcciones, corría presurosa como culebritas de un fuego artificial de plata, se había sentado debajo del emparrado, que formaba el atrio de su palacio, gozando con deleite de un descanso tal como no lo conocen los que por deleites anhelan, y que sólo se obtienen en compensación al trabajo.

En su cercanía se hallaba una higuera que, partida en dos troncos á su nacimiento, formaba entre ambos un asiento, al que daban techo sus anchas hojas.

En este banco natural estaban sentadas algunas niñas de la vecindad, que, muy afanadas, formaban cadenas con las barbas de los pinos,

arrancando una de éstas de la cápsula en que nacen gemelas, doblando la otra hasta clavar su punta de remate en la cápsula, y enlazándolas unas con otras. La más pequeña, de pie y con la boca abierta, miraba hacia la copa de la higuera, en la que llamaban su atención dos cosas que, por suerte, estaban fuera de su alcance: los pájaros que revoloteaban entre las ramas y los higos que de ellas pendían.

—Las brevas están verdes—dijo al fin la niña plagiando á la zorra que, en parecidas circunstancias, dijo lo mismo de las uvas.

—No son brevas, que son higos—rectificó el tío Curro.

—Sí son—repuso la chiquilla—, que por San Juan me dió la tía Amparo unas brevas que de esta higuera cogió.

—Pues por lo mismo, si por San Juan las tuvieron, no las pueden tener á la presente. Ahora tienen higos, porque las higueras dan dos cosechas al año. ¿No sabes tú eso, María Moquillos?

—No, *señó*.

—Pues sábetelo, y también por lo que eso sucede. Cuando andaba nuestro Señor por el mundo, descansó en una ocasión debajo de una higuera con San Pedro, que se chupaba los dedos por una breva; viendo el Señor lo mucho que le gustaban á su discípulo, le dijo: «Pedro, ya que tanto te agrada la fruta de ese árbol, de aquí en adelante daré no una, sino dos cosechas al año.» ¿Te enteraste?

—Sí, *señó*.

Las ranas, en tanto, señoras de la alberca, muellemente colocadas en sus verdes balsas de verdín, entonaban su canto claro, frío, sin expresión y sin modulaciones, apropiado á su carácter y á su elemento, canto que es tan peculiar al agua, á las cañas, á los juncos, á los mimbres y á toda planta que ama el baño que parece las hacen brotar sus sonos; canto monótono como el murmullo del agua y que del seno de ésta se alza como un saltadero de melodía extraña, pero que aman aquellos para quienes todas las melodías campestres son gratas, y que miran ó sienten en ellas *vida* y otras cosas que indudablemente contienen, puesto que la obra de Dios no son máquinass como la de los hombres.

Al oirlas las niñas, por simpatía, se pusieron á cantar cual ellas.

Los niños, que son fuentes de sincera y candorosa, aunque de sencilla é ineulta poesía (y por eso mismo más genuina en su pequeña y limitada esfera), han puesto en verso el siguiente hecho, que muchos ignoran y que ellos afirman:

Cuando cantan las ranas,
bailan los ranos
y tocan los palillos
los gusarapos.

Este canto, por simple que pueda parecer á los encumbrados doctores del Parnaso, nos parece, si bien no sublime ni heroica, de graciosa y

mona poesía. La alberca, convertida por él en salón de baile y de concierto, con tales bailadores, músicos y cantantes, tiene para nosotros un prestigio muy superior al que dan á los arroyos sus náyades; no vemos alberca sin que nos la alegre el recuerdo de este canto infantil. Pero esta manera de sentir peculiar nuestra, no pensamos de modo alguno elevarla al juicio de ningún ateneo, así como el pueblo y los niños no elevan sus poesías al fallo de ninguna cátedra de literatura.

—¿No sabéis vosotras, chilindrinas, por qué cantan las ranas?—preguntó el tío Curro á las chiquillas.

—¡Toma! Para alegrarse—contestaron ellas.

—No, señor; cantan para pedir el agua á su Divina Majestad, porque habéis de saber que una rana sin agua está lo propio que un hombre sin vino, *ahiláa*. Sucedió que un año de seca, un pobre, que veía que su pegujal se le moría de sed, se fué á una laguna que estaba cerca de su manchón, y le dijo con el sombrero en la mano á las ranas: *inimalitos de Dios, pedirle agua*. Las ranas se pusieron á cantar que se desgañaban, y él á jalearlas, tocando las palmas y diciendo:

A las que están cantando
echarles rosas,
porque se lo merecen
por buenas mozas.

Acaeció que vino un temporal de aguas que se hundía el cielo y se anegaban los campos, hechos charcos y pantanos. Como que mientras más llovía más contentas y más cantadoras estaban las ranas, el pegujalero, que veía su trigo ajeñado, se fué derecho y sin perder su vereda á la laguna, y les gritó con coraje: *figuritas del diablo, callad la boca*. Y habéis de saber que lo referido tiene sentido hasta dejárselo de sobra, porque enseña que cuando se necesita de uno, se le hacen á manta carantoñas y se le echan flores, y cuando no se le necesita ya, no se acuerdan del santo de su nombre, y encajan un sofión sin andarse con aquí las puse.

Entró en este momento en la huerta, y se presentó debajo del emparrado, un joven vestido con levita y sombrero redondo; era alto, seco y desgarrado; su nariz era larga, como igualmente su cara, y ésta en extremo angosta, que no se percibían sus chupados carrillos cuando se le miraba de frente; este conjunto lo realizaba una palidez estacionaria y un aire displicente inveterado. Era el descrito sujeto hijo de un amigo y compañero del tío Curro, que con él había salido á servir y con él había vuelto á su pueblo; que había seguido su oficio de panadero, y, andando el tiempo, se había casado con la viuda del amo á quien servía, la cual era dueña del establecimiento, y tenía además un hermano establecido en la Habana, que la solía mandar algunas re-

mesas. Esto había hecho que la rica panadera educase algo al tardío vástago que dió á luz, lo que facilitó poder colocarle de ayo en la escuela de un maestro suyo. Dicha colocación le proporcionaba por el pronto la calificación de *don*, que apetecía con igual ansia la madre y el hijo. En cambio, los muchachos de la escuela le habían bautizado con el apodo de *Quilógramo*.

Conforme lo vieron entrar las chiquillas, dijo una de ellas:

—Ahí está *Quilógramo*; ¡qué recompuesto viene! Trae un *chaleque* verde y un corbatín *encar nao*; parece un rábano

—Se ha metido á lechuguino—opinó otra, y formando todas en seguida un círculo, se pusieron á salmodiar:

De dos melones y dos pepinos
nació una mata de lechuguinos.
Unos son altos (*se empinaron en las puntas de los pies*),
otros son chicos (*se agacharon*),
chiquirrititos (*se pusieron en cuclillas*),
y todos tienen pelo bonito (*se levantan y saltan*).

—Ea, largarse, chicharras—dijo el tío Curro—; coged pira y liberal; cada mochuelo á su olivo, y que no lo vuelva á decir. ¡Hablo claro?

La legión pigmea atravesó á paso menudo y presuroso el emparrado, como una camada de

perdigones, y ya, á la salida de la huerta, se pusieron á cantar á desaforados gritos:

Todos los hortelanos
cogen la berza
con la espalda más alta
que la cabeza.

—¡Hola, Próspero! Buenas tardes te dé Dios—dijo el tío Curro al recién entrado—. ¡Por vía del judío! Que no te viene mal ese nombre; me han dicho que has sacado á la lotería; si tienes más suerte que Benito, que murió de ahito.

—¡Sí! La suerte es como mía—contestó mal engestado el mozo—. ¡Saqué doscientos reales! ¡Buen puñado son tres moscas!

—Más vale algo que nada. Tu padre siempre tuvo suerte y la has heredado tú. Cuatro veces fui herido en la guerra contra el francés, y entré en el hospital, y tu padre no tuvo un arañón en su pellejo. Tu padre se casó con una mujer de posibles y se echó á la buena vida; no tuvo más hijos que tú, te dió estudios finos y te ha colocado de ayo de escuela, y más adelante podrás ser maestro; en las quintas siempre has salido libre; ¿qué más quieres, caracoles? Yo siempre he tenido mala suerte, sin más que un *coge y come* y treinta días al mes. He tenido un celemin de hijos; unos se me han muerto, otros están sirviendo al Rey, y los tengo más repartidos que los maravedises; no me queda más que Rosa; pero con *too* no me cam-

bio por ti, que, á pesar de tu buena suerte, siempre estás *frondio* y con una cara que parece que estás probando vinagre, mientras yo, á pesar de mis tramejos, siempre estoy contento, porque has de saber, Próspero, que la dicha y la suerte, aunque parece que deberían estar *ayuncadas*, no siempre lo están. Si tienes suerte y no la gozas, para maldita la cosa te sirva. Tú te echas por ahí al *hoy* con el ansia de que el *mañana* sea mejor; yo me contento con que el mañana no sea peor que hoy, y cuando no lo es le doy gracias á Dios, y que me sabe mi gazpacho mejor que un pollo.

—Pero bien sabe usted, tío Curro...—objetó en tono elegíaco el ayo de escuela.

—¿Que Rosa no te quiere? Lo sé, y me pesa, pero no me vengas á mí con esas, que soy perro viejo. No es esa la causa de tu displicencia; te conozco como á las berzas de mi huerto. Para ti el número uno lo eres tú; el número dos lo propio que el número uno; Rosa no es sino el número que viene detrás.

—Bien dice usted que es viejo, pues se ha olvidado usted de cuando estuvo enamorado, tío Curro. Pero, señor, ¿no pudiera usted conven- cer á su hija, y si no mandar como padre?

—Mira, Próspero, he servido al Rey y sé lo que es la disciplina, que *reasumidamente* quiere decir cumplir cada cual con la ordenanza de recho como un huso, pronto como la luz, y si-



—Eso tienes en tu favor, hombre—contestó el tío Curro.

chistar como el pez; pero, hijo, la voluntad no es obligación, y decirle á ésta media vuelta á la derecha ó media á la izquierda es un puro *ipso-tismo*, y eso no puede ser. Rosa, contra mi voluntad no se ha de casar; pero contra la suya tampoco, aunque lo mandase yo. Bastante la he aconsejado que te quiera, porque te estimo y porque le tiene cuenta; de la tuya corre ganarle la voluntad; anda, métete tres días en una salina á ver si sales menos desabrido y más propio para el caso.

—Si usted se lo mandase, más había de influir en Rosa la voluntad de un padre que no la sal de una salina—repuso picado el pretendiente.

—¿Dónde has visto tú eso, cristiano? ¿Es mi hija alguna persona real para que se vea obligada á casarse por conveniencias del Estado?

—Pues sepa usted que la quinta está decretada y mañana se pregona. Si me toca á mí la suerte, mi madre me liberta; pero si le toca al *calza-polainas* de Vicente, no tendrá más que oger el fusil.

—Eso tienes en tu favor, hombre—contestó el tío Curro.

—Así es; pero yo quisiera que si llega el caso inclinará usted á Rosa á mi persona, que siempre se ha dicho: tales cosas te digan, tal corazón te pongan....

—En eso descuida, hombre, que cano estoy

de celebrarte; si las celebraciones pusiesen á los hombres bonitos, habías tú de ser lo que no eras, esto es, el mejor mozo de Sanlúcar.

Próspero volvió sus tristes ojos hacia la casa y fijó sus lánguidas miradas en el omparrado; pero nada vió sino los racimos de uvas, que parecían decirle: *no nos alcanzas*, y las gallinas, que se cuidaban tan poco de él como él de ellas. Suspiró, y se saltó sobre el muro que formaba la alberca. En esto vió á las ranas arrellanadas en verdes prados de verdina, y que con sus grandes y saltos ojos miraban abstraídas el vacío, de la misma suerte que muchos que parecen absorber los profundos pensamientos y no piensan en nada.

Como todo amante es poeta, y cada cual á su manera, se puso este no correspondido enamorado á comparar á su pretendida á las ranas en cuanto á lo fría, arisca é insensible.

Entretanto, el tío Curro, con su acostumbrada locuacidad, prosiguió la conversación, que más que ésta era monólogo.

—Como te iba diciendo, Próspero, tu padre siempre tuvo suerte. Caímos prisioneros á la par; él tuvo quien lo hiciese escapar, y yo pasé las viruelas con aquellos *didones* (1), que eran tan soberbios y desalmados como el que los mandaba. Pero aquella soberbia se les vino abajo,

(1) Nombre que se daba á los franceses derivado de su acostumbrada muletilla *dis done*.

y los *brigantes*, como á nosotros nos llamaban (¡por *via* del dios Bacol!), le metieron á los vencedores del mundo, como se decían, el resuello para adentro. Asina fué, que se dijo entonces y muy bien enversado: Todavía me acuerdo y me place decirlo:

Napoleón, por traidor bien señalado;
Junot, sin su ducado y escondido,
del trinquete Murat desarbolado;
Lefébre, en Zaragoza destruído;
Moncey, sobre Valencia derrotado,
y Dupont, en Bailén roto y vencido,
así ve Europa, de sorpresa llena,
los héroes de Austerlitz, Marengo y Jena.

—¿Te enteras, Próspero?—añadió el padre de Rosa—. ¿Qué te parece?

—Señor—repuso el interrogado—: lo que me interesa es que quien está más derrotado que Moncey en Valencia soy yo en la casa de usted.

—Pues, hijo, *aprométele* una novena á Santa Rita, que es la que te puede valer, y á mí déjame el alma en paz.

Cuando se hubo ido el pretendiente, vinieron la tía Amparo y Rosa á sentarse debajo del emparrado, que á ello convidaba con su frescura.

—Rosa—le dijo su padre—. ¿Sabes que ya está decretada la quinta?

Rosa palideció y preguntó con trémula y tímida voz:

—Padre: ¿qué me quiere usted decir con eso?

—De que esta es la ocasión propia de que dejes de *hablar* á quien no te tiene cuenta; si se va, porque se va, y si se queda, porque se queda.

Rosa no contestó y empezó á verter lágrimas suavemente y de quedo, como caen los copos de nieve, como llora la constancia.

—Si Próspero saca número—continuó el tío Curro—, su madre lo libertará, y no tardará en abrir escuela; es un muchacho completo y sin vicios, y su mujer ha de pasar una vida como una usía, y fuerte cosa es que pudiendo tú disfrutarla no quieras, por haberte encalabrinado en irte á meter, tú que eres más fina que una ele y más señorita que las flores, en el coto, en compañía de los lobos, con un cortador de leña más basto que un alcornoque.

Rosa no contestó una palabra, y el padre prosiguió:

—No te pega marido leñador; nunca ha querido tu madre que hagas otra cosa que coser, con lo que te has criado muy repulía, para que te metas en el coto.

Rosa permaneció muda, sin más respuesta que sus lágrimas.

—¡Por vida de las muchachas cabezonas, tercas y lloronas!—exclamó impaciente el tío Curro.

—Lo propio me decía mi padre—le dijo á media voz su mujer, que salió en defensa de su hija desde que la vio llorar—. Lo propio me decía

cuando saliste á servir al Rey y quería que te olvidase y me casase con mi primo.

—¡Y de ía bien!—respondió exasperado su marido—; si te hubieses casado con tu primo, que es hoy un polantrín de los boyantes, y no conmigo, que no tengo más que lo comido por lo servido, estarías hoy como la propia rosa y pudiendo gastar fantasía; ya ves, pues, lo que te has perdido con no haber dado oídos á tu padre.

—Verdad es, Curro—contestó su mujer—; pero no me ha pesado lo que hice.

—¿Por qué, me querrás decir?

—Porque, como ahora poco te oí decir á don Próspero, la dicha y la suerte, aunque parece que deberían estar ayuneadas, no siempre lo están, y que lo propio que tú, no cambio la dicha por la suerte.

CAPITULO V

LA MALA SUERTE.—EL ADIÓS

Mientras pasaban estas escenas en la huerta, había llegado Vicente á Bonanza, y corría más que andaba el camino que de allí conduce al pueblo.

La amortiguada luz de la luna hacía visible la soledad y la inmovilidad de la naturaleza ren-

dida por el calor del día. Los pinos, salpicados á poca distancia del camino, formaban con sus delicadas barbas un murmullo más suave, más leve, más misterioso y grave que el que forman con sus hojas los demás árboles que parece que murmuran, mientras el pino parece que ora.

El mochuelo lanzaba en el melancólico silencio de la apacible noche su triste voz, esa voz que según la poética y religiosa imaginación del pueblo, es el de *Cruz* y que repite desde que el Calvario presencié horrorizado la muerte que sufrió el Salvador.

Vicente llegó á la portada de la huerta en que ya hemos introducido al lector, que á la sazón estaba cerrada. El fuerte gruñido de un perro le avisó que no estaba dormido su vigilante.

—Calla, Palomo, que soy yo—dijo Vicente.

Enterado el perro, prosiguió su ronda sin cuidarse más del que se presentaba; éste trepó con ligereza y maña por las mal unidas tablas que formaban la puerta, y saltó adentro. Encaminóse hacia espaldas de la casa donde había una pequeña ventana enrejada; tocó á su postigo, que estaba cerrado, pero no recibió respuesta; silbó, pero la ventana permaneció cerrada.

Entonces se puso á cantar con hermosa voz, admirable entonación y no menos admirable flexibilidad de garganta, dotes tan necesarias para

los cantos andaluces, con cortos intervalos y distintas tonadas, estas coplas:

Los lindos ricitos rubios
que te adornan esa frente,
parecen campanillitas
que van llamando á la gente.

Los dientes de tu boca
me han prendido á mí.
¿Quién ha visto cadenas
hechas de marfil?

La nieve por tu cara
pasó diciendo:
Donde yo no hago falta
no me detengo.

Entonces se corrió pausadamente el cerrojo y se abrió con tiento la ventana.

—Rosa—dijo acercándose Vicente—: ó has perdido el oído ó duermes más que un gusano de seda.

Pero apenas notó que la reconvenida lloraba amargamente, no estando acostumbrado en su tranquila vida á ver escenas ni lágrimas, exclamó asustado:

—¡Jesús, María! Rosa, ¿qué tienes?

—Pues qué, ¿no sabes?—contestó ella.

—Yo, no. ¿Qué es?

—¡Que hay sorteo!

Vicente tornó instantáneamente á su tranquilidad y á su alegría, y dijo:

—Pues qué. ¿No es más que eso? No te apu-

res; á mí no me toca la suerte, tenlo por seguro; á mis hermanos tampoco les tocó. Pero á un turbio correr, si me tocase, tendríamos paciencia... ¡Cómo ha de ser; no todo el monte es orégano!

—¡Ocho años, Vicente! ¡Eso es media vida!

—¡Qué habían de ser! Pasan ocho años como vara del mal paño. Pero no serán ocho, serán seis, que á los que se alistan para pasar el charco les rebajan dos.

—No, Vicente, no, por María Santísima. ¡Embarcarse y luego encontrarse allá con la epidemia! No, no; más vale pasar los ocho años en tu tierra.

—Rosa: el mal camino andarlo pronto.

—¡Y si no vuelves!

—¡Que no vuelva! ¿Por qué no; no volvió tu padre y otros miles? No seas cavilosa; ¿por qué no había de volver yo?

—¿Y si se va á pique la embarcación?

—Salgo á la orilla con un pez en la mano.

—¡Ay, Vicente!—exclamó redoblando su llanto la desconsolada Rosa;—lo que me saca de tino es el ver lo poco que te pesa la ausencia.

—Sí que me pesará si llegase el caso de que me tocase la suerte; pero sólo ella, pues

No me pesa ser soldado
si me tocase la suerte,
que no me pesa el fusil,
pero sí dejar de verte.

—¿Me olvidarás, Vicente?
—¿Que te olvidaré, Rosa? Eso no lo temas,
ni te puede pasar por las telas del pensamiento.

Primero que yo te olvide
(¡mira qué comparación!)
ha de calentar la luna
y ha de refrescar el sol.

—Yo sí que puedo temer, Rosa, porque don
Próspero te anda pretendiendo, y aunque es más
feo que el sargento Utrera, que reventó de feo,
y que tiene al ángel sirviendo al Rey, tu padre
lo apadrina, y tanto puede dar...

—Calla, calla, Vicente.

El quererme á mí quitar
tu amor de mi pensamiento,
es escribir en el agua
y es predicar en desierto.

—Créelo, Vicente; no quebrará la sogá por
mí; créelo como artículo de fe.

—¿Por qué, Rosa?

—Porque en llegando á querer, la más firme
es la mujer.

—Pues cree tú también, Rosa, como artículo
de fe, que, lo mismo la mujer que el hombre,
quien bien ama tarde olvida...

Un mes después se había verificado el sorteo.
Próspero había salido libre; Vicente era soldado.
El tío José nada demostró cuando se despidió



—¿Que te olvidaré, Rosa? Eso no lo temas, ni te puede pasar
por las telas del pensamiento.

éste. «Dios vaya contigo, hijo», fué su despedida. «Sé hombre de bien, más que no medres, que más vale ser honrado que no envidiado. Ve con buen ánimo, que con el temor de Dios vas seguro, con la vergüenza vas firme, y con el escapulario de la Virgen del Carmen vas amparado. Adiós, hasta más ver en ésta ó en la otra.»

Diciendo esto, le volvió bruscamente la espalda, se internó en el monte y desapareció entre el espeso follaje. Cuando volvió al anoecer á su casa, estaba sereno como siempre.

CAPITULO VI

DON PRÓSPERO, PROSPERANDO

Un año había pasado, y poco cambio había traído en las cosas y personas que han figurado en la relación precedente: sólo las frescas mejillas de Rosa habían perdido sus subidos y brillantes colores. Vicente, según se lo había propuesto, para abreviar el plazo de su servicio, se había embarcado con las tropas destinadas á Cuba.

—Por vida de la chiquilla terca, que va á enfermar por ese demonio de *come en rancho*—decía algunas veces el tío Curro.

—No lo temas—contestaba su mujer—; lo propio que dices tú decía mi padre, y no enfermé

Impaciente entonces el marido, le volvía la espalda y se iba á sus faenas canturreando:

Madre, yo quiero casarme;
no me diga usted que no,
porque me ha salido un novio
que tocar sabe el tambor.

—Leñador, madre, lo quiero,
que saque astillas.

—Bien, hija, y que las saque
de tus costillas.

Si Rosa oía á su padre, estaba llorando todo el día. Cantando sin cesar de llorar:

En la soledad del campo
me puse á llorar mis penas,
y fueron tantos mis llantos
que florecieron las hierbas.

A la mar fueron mis ojos
por agua para llorar,
y se vinieron sin ella
porque estaba seco el mar.

Un día se presentó Próspero con cierto aire de aplomo y de importancia al tío Curro, en el momento en que estaba éste enganchando su buey al palo de la noria.

—Buenas tardes, tío Curro—dijo el recién entrado.

—Dios te las dé muy buenas—contestó el hortelano, que añadió al volverse y notar que su in-

terlocutor estaba vestido de negro—: ¡Jesús, qué *júnebre* estás! ¿Quién te se ha muerto?

—El hermano de mi madre, que estaba en la Habana.

—En descanso esté—. (¡Ata, *Pajarito*!, que para poste no tienes precio, buey maula, buey reticansado!)—¡Hombre, paró la goterilla! Ya no vendrán aquellas remesitas y aquellas cajitas de *sal de la Habana*.

—Verdad es; pero, en cambio, ha dejado á mi madre 20.000 duros.

—Que no te parecerán á ti sino muy blandos.

—O sea 25.000 pesos—añadió Próspero.

—¡Que á ti no te pesarán!—(Mal haya tu flojera, *Pajarito del demonio*, que eres como el buey *Simón*, cortito de paso y largo de esportón)—. Tu suerte, Próspero, tu suerte, hijo, ¡que se pierde de vista!

—Mi madre quiere que me quite de ayo de escuela y la maneje el dinero que se ha de invertir en viñas y bodegas para criar los mostos.

—¡Y cate usted ahí á Periquito hecho fraile! ¡Hacendado, cosechero y almacenista! ¡Pues no es nada! ¿Qué más puedes desear, hijo, de la suerte? ¡Por vida de las aves frías! ¡Y todavía tienes cara de Viernes Santo!

—¿Qué más puedo desear?—repuso Próspero—. Tío Curro, veinticinco pesetas son cien reales, y en faltando un ochavo no están cabales. ¿Se entera usted?

—Ya, ya estoy—contestó impaciente y picado el tío Curro—; mi niña es el ochavo que falta; pues sábetelo que tú eres los 25.000 pesos que á ella la están de más. ¿Me entiendes?

—Mire usted—dijo sentido el improvisado ricacho, en quien la riqueza iba despertando arrogancia—. Mire usted que su hija, con su airecito de mosquita muerta, es más terca y más voluntariosa que una rama mal guiada.

—Próspero—repuso el tío Curro—, más tengas 25.000 pesos, mira cómo hablas de ella; tú, toda tu casta y cuantos tienen boca, han de enjuagársela con agua de rosa para hablar de mi hija, ¿estás?

—Vamos, tío Curo—respondió Próspero—, como es usted hortelano, está usted hecho á coger el rábano por las hojas. ¿Qué mal he de hablar yo de su hija de usted, si lo que pretendo es casarme con ella? Lo que estoy es despechado, porque su hija de usted es peor que un peñón, que ablanda una gotera continua; pero ella, cuanto más me ve pensar y mientras más me desvivo, más dura está.

—Pues hazle *los cargos*, hombre, que el duro peñón no lo soy yo, que desde la primera vez que me hablaste me tienes más blando que unas poleadas.

—Pues ablándela usted á ella, señor.

—¿Cómo? ¡Si no bien le digo una razón cuando se echa á llorar por su cara abajo y la madre se

engesta por tres días! ¡Qué quieres, hombre! Las señas mujeres tienen mucho de la trastienda, pero en cuanto á sentido no tienen ninguno; y en cuanto á sesos..., ¡perdone usted, por Dios! Los novios les han de entrar por el ojo derecho, y si no, no tenemos *naa*.

Próspero se retiró desconsolado y rabioso. Al pasar por debajo del emparrado, saludó á la tía Amparo, que lo estaba barriendo, en un breve *quede usted con Dios*, que contestó ésta con otro semejante. Viendo que la madre de Rosa seguía su faena sin añadir palabra, la dijo:

—¿No me vé usted de luto?

—Verdad es—contestó la tía Amparo—. ¿Quién se le ha muerto á usted?

—El hermano de mi madre, que la ha dejado 25.000 pesos.

—Dios lo tenga en gloria—contestó la tía Amparo—. Acompañó á usted en su sentimiento.

—Yo no tengo ninguno, porque no le conocía—replicó impaciente Próspero—; lo que tengo es contento, porque mi madre me quiere quitar de ayo de escuela, y quiere que sea propietario y cosechero.

—Sea enhorabuena.

—Para mí no hay enhorabuena mientras Rosa no me dé el sí—contestó el porfiado pretendiente.

—Estoy para mí—repuso la tía Amparo con esa instintiva urbanidad del pueblo español—que si Rosa tuviese dos que dar, le daría á usted

uno, don Próspero; pero como las mujeres honradas no tienen más que uno, y ese, como usted sabe, lo tiene dado, no le puede complacer; hartó lo sentimos su padre y yo, pero ¡cómo ha de ser! Con una hija no se pueden tener dos yernos...

—En diciendo la suerte *allá voy*, no es menester arrearla—dijo la tía Amparo á su hija, cuando Próspero se hubo ido—; después de salir libre del sorteo se le entra á don Próspero una herencia de las Indias por las puertas. ¡Ahora sí que la va á emprender tu padre con que te cases con él!

Rosa se echó á llorar.

—Madre—dijo—. Que me pida su merced mi sangre y se la daré, porque lo podré hacer; pero que no me pida imposibles, y eso lo es, el que olvide á Vicente y me case con otro. Ahí viene padre; por María Santísima, haga usted porque no me hostigue. No soy para esta briega, que va á dar conmigo en la huesa.

—¡Amparo!—gritó el tío Curro.

Esta no contestó, con el fin de dejar á su hija tiempo para alejarse.

—¡Amparo!—volvió á gritar su marido—. ¿Qué estás haciendo?

—Calderos, ¿no oyes los golpes?—dijo la mujer.

—Más valiera—dijo el tío Curro—que, en lugar de á *guasona*, te metieras á gobernar y aconsejar bien á tu hija, para impedirle de hacer un

descabello de los enormes. ¿Sabes que Próspero es ya un hombre de los más acaudalados?

—No, que dejaría de decírmelo, cuando iba más ancho que el mar, y hecho pregonero de la noticia.

—¿Y qué dice Rosa? ¿Todavía se empestillan en aguardar al ganapán que no tiene qué comer más que las uñas?

—Dice que te dará su sangre, pero que no se casa con otro.

—¡Su sangre! ¿Para qué la quiero yo? Que la guarde, que buena falta la hace, que está que se trasluce, y más descolorida que las tercianas. ¿Cuándo hubiera ella podido soñar en hacer esta suerte? ¡Y la *esprecia*! ¡Vamos, si esto no se puede creer! De hacendado, cosechero y almacenista á millonario no va un jeme. ¡Se acabó! Está ida del sentido.

—No, Curro, no.

—¿A ti, por lo visto, te parece cordura lo que está haciendo la niña?

—Si cordura es querer más bien la dicha que la suerte, cordura será lo que hace.

—Esas son pampringadas, razones de enamorados, que no valen un comino.

—No te lo parecieron en otros tiempos, Curro.

—Por vida del demonio malo, que es la mujer esta, cansado reloj de repetición—exclamó impaciente el hortelano, que se alejó gruñendo— ¡Mujeres! Más sutiles son que culebras, más ter-

cas que mulas y más imprevisoras que aquel de los almanaques, que, por mirar á las candilejas de la bóveda azul, fué á dar con su cuerpo en una sima.

Rosa, que se había retirado á su cuarto, seguía entretanto cosiendo, y cantaba sin dejar de verter lágrimas:

Rosa me puso mi madre
para ser más desgraciada,
pues no hay rosa en este mundo
que no muera deshojada.

Suspiros que de mí salgan
y otros que de ti vendrán,
si en el canino se encuentran,
¡qué de cosas se dirán!

Entre la hostia y el cáliz
á mí Dios se lo pedí:
¡que no te maten las penas
que me están matando á mí!

CAPITULO VII

BIEN VENGAS MAL, SI VIENES SOLO

Debajo de un empujado, obligado apéndice de toda morada de hortelano, en la huerta que fué del convento de Santo Domingo, estaba sentado al siguiente año un hombre joven, apo-

yada la cabeza en una mano y el codo sobre la rodilla. A poca distancia de él se hallaba una mujer que remendaba por centésima vez una camisa de hombre. Era pr ma del tío José, guarda del coto de Doña Ana. Al cabo de un rato de silencio, dijo esta mujer al callado joven:

—¿Piensas, Vicente, hijo, irte á los Inválidos de Madrid, donde dice mi Juan que lo pasan muy *rebién*?

—No, señora; no iré donde van los desechados. Pues qué, ¿á los veinticinco años y con toda mi fuerza y vigor me había de encerrar en tierra extraña, entre cuatro paredes, como un pollo en su cascarón, sólo cual él y á cruzarme de brazos?

—¡Válgame Dios, hijo! ¿Y qué trabajos has de hacer falto de vista?—preguntó con dolor la buena mujer.

—Señora: aunque sea darle vueltas á una noria como la vaca.

—Dime, Vicente, hijo; aclárame bien el cómo acaeció la desgracia, pues no me acabo de enterar.

—Ni lo podrá nunca comprender bien, señora. Sabe usted que era artillero, esto es, de los que andan con los cañones. Estábamos mi compañero y yo cargando uno en un ejercicio de fuego. Al tiempo de remachar la carga se inflamó la pólvora y salió el tiro. A mi compañero le llevó los dos brazos y murió; yo caí mal herido



—Desventurado—repitió enternecida su tia.

al suelo. Sané; pero la vista que perdí por el fogonazo no volvió con la salud.

—¡Pobre Vicente!—dijo limpiándose las lágrimas su tía.

—¡Bien lo puede usted decir, y que he tenido bien mala suerte! Que vuelto á mi pueblo, me he hallado á mi padre muerto, muertos al tío Curro y á la tía Amparo, y á Rosa muerta si no para el mundo, para mí. Me veo solo, solo como la peña en el mar. No me queda á quien querer sino á Dios, ni más amparo que el socorro que me da el Rey, que me proporciona el pan, pero no la dicha para siempre perdida.

—¡Desventurado!—repitió enternecida su tía.

—Dice usted bien: desventurado y no pobre, que no me abruma la pobreza, que en ella nací y me crié, y la quiero como á madre: lo que me abruma es la soledad, que se asemeja á la muerte, y el estar ocioso, que es como quedar paralítico.

—¡Esos ojos tan hermosos! Y no se les conoce mayormente la ceguera; si no fuese porque están parados como los de los santos de bulto, no se diría que eres ciego. ¿Y no tiene tu ceguera remedio, Vicente?

—No, señora; ninguno. Más suerte tuvo el compañero que murió, pues á mí ¡¡de qué me sirve la vida sin vista y sentado en un campo santo!!

—Estamos demás las criaturas en el mundo,

y por eso hay tantas muertes que nos diezman—observó la buena mujer—. Si hubieses estado aquí este verano pasado, cuando de sopetón se nos entró el cólera por las puertas, ¡ay, hijo, qué aflicción! En el barrio bajo se cebó. Con un día por medio se llevó al tío Curro y á su mujer; á Rosa fué la que, á pesar de la asistencia que tuvo á sus padres, no le dió. ¡Pobrecilla! ¡Lo que pasó entonces y qué aflicción tan grande fué la suya! Quedaba sola y desamparada y en el mayor desconsuelo. Entonces se volvió á presentar don Próspero de pretendiente; pero Rosa se mantuvo firme en no casarse con él. Como tiene unas manos de costura que no cose, sino que pinta las cosas, una usía muy considerable, una dama de la señora infanta, á la que cosía, se la llevó consigo de doncella á Sevilla, donde dice lo pasa grandemente, muy estimada de su señora; y como es tan preciosa y tan fina que parece que se ha criado en pañales de Holanda, dicen que tiene más pretendientes esa Rosa que abejas las de los jardines.

Vicente suspiró profundamente.

—¿Le has mandado á decir que estás aquí?—preguntó su tía.

—Yo, no. ¿A qué?

—Verdad es; sólo le darías un pesar, porque te quería bien, dígallo don Próspero, que decía que le habías dado hechizos, porque heredó un millón, ó una multitud ansina, y ni por esas

consiguió que consintiese. Rosa en casarse con él.

—¿Con que heredó? ¡Qué suerte!

—¡Toma! Tiene más plata que lo que pesa, y se ha hecho un avariento de los que hasta el agua del pozo echan la llave, y tan ansioso que es capaz de comerse la omnipotencia de Dios hecha pan. Está más feo que *de nantes*, con sus patas de alcaraván, su pescuezo de botella y su cara de esquina, tan triste y tan confusa que parece principio de un pleito y fin de una historia.

—¿Y á qué le sirven sus riquezas, si Rosa no le ha querido? No se las envidio—dijo Vicente.

CAPITULO VIII

LA DICHA Y LA SUERTE

Algunos días después estaba Vicente más abatido aún, sentado en el cuarto de su tía, cerca de la ventana, donde recibía sobre las rodillas un rayo de sol que sentía sin verlo. Su tía estaba barriendo la habitación, cuando asomó una chiquilla de la vecindad que la llamó de parte de su madre. La buena mujer salió, y al cabo de un rato volvió á entrar.

Seguía de puntillas una joven rubia y blanca, primorosamente vestida, que de lejos se puso á considerar á Vicente caídas sus manos que cruzaba y torcía hacia fuera con un gesto de amargo desconsuelo, mientras su dulce y lindo rostro expresaba el más tierno interés y el más vivo dolor.

—¿Viene usted sola, tía?—preguntó Vicente.

—Sí, hijo; ¿por qué me lo preguntas?

—No sé; pero siento como si hubiese otra persona en el aposento.

—No, hijo; estamos solos.

—¡Solos!—repitió con profundo acento de tristeza el pobre inválido—. Pero ¿cómo lo extraño si es estarlo mi sino?

—Vamos, hombre, no pierdas los ánimos, que Dios está siempre en el mismo lugar y nos manda consuelos cuando menos los esperamos. Si me quieres complacer, hombre, cántame el romance que has compuesto, y que cantabas anoche.

—¡Tía, no tengo ánimo para cantar!

—Anda, anda, que quien canta su mal espanta, y me complaces á mí.

Entonces el ciego cantó con entonación apagada y melancólico acento este cantar que había compuesto:

¡Mes de Mayo! ¡Mes de Mayo!
Cuando los recios ardores,
cuando los toros son bravos,

los caballos corredores
y la cebada se siega,
los trigos toman calores;
cuando los enamorados
obsequian á sus amores,
unos les regalan frutas,
otros les regalan flores;
yo, pobrecito de mí,
estoy en negras prisiones,
sin saber cuándo es de día,
sin saber cuándo es de noche,
sino por callar las aves,
tristes, cuando el sol se pone.
¿Qué importa que la calandria,
el ruiseñor y el jilguero
canten para consolarme,
si para mí no hay consuelo?

Mientras cantaba, corrían abundantes lágrimas por las mejillas de la joven, que parecía recoger cada una de las palabras que decía Vicente, como una rosa las gotas del rocío de la triste noche.

Cuando concluyó hubo un rato de silencio.

—¿Quién sabe—dijo al fin su tía á Vicente—, cuando llegue á saber Rosa tu venida, si se acordará de la palabra que te tiene dada?

—Señora, ¿quiere usted callar?—repuso su sobrino—. La palabra se la dió á un hombre con vista, que podía mantener sus obligaciones, pero no á un ciego, que sólo sirve de estorbo en el mundo.

—¿Y si tú la hubieras hallado ciega, Vicente, no te hubieras casado con ella?—preguntó su tía

—Yo me hubiera casado con ella muda, ciega y sorda—respondió Vicente—; pero eso es diferente; los hombres son los que mantienen á las mujeres.

—Pues sábetelo que Rosa, con su tijera y su aguja, es capaz de mantenerte á ti y á una docena de hijos que os deparase Dios.

—Señora, días pasados daba usted por de contado, y hacía bien, que Rosa, que es una prenda digna de un infante de Castilla, no podía hacer el despropósito de casarse conmigo.

La joven hizo un movimiento para acercarse al ciego, pero se contuvo merced á una señal que, sonriendo, la hizo la buena anciana.

—Pues si no es á Rosa—dijo á su sobrino—, no te faltará á quien querer. Pues yo sé quién te quiere.

—La tierra, que nos quiere á todos. ¿Quién había de querer á un desvalido, á un hombre que no puede servir para nada?

—¿Quién? Quien bien ama y nunca olvida—exclamó de repente la joven, acercándose y pasando su brazo alrededor de la cabeza del pobre ciego, como para posesionarse de ella.

—¡Rosa!—exclamó Vicente, apretando entre sus manos con pasión un pedazo de la falda de su vestido—¡Rosa!—repitió con angustia—¡Ay de mí, que no te veo!

—No le hace, con tal que me quieras.

—¿No te lo dije—intervino su tía—, no te lo

dije, Vicente, que no te faltaría quien te quisiera. Un arbolito con tantas raíces, ¿quién lo arranca ya?

—¡Rosa!—exclamó Vicente con ahogada voz.

—No me llames Rosa—le interrumpió ésta—llámame Amparo, como se llamaba mi madre. ¡tu Amparo!

—¡Es un despropósito el que ahora te quieras casar conmigo!

—¿Este es tu sentir? ¿Pues te dejaste por esos mundos de Dios el cariño?

—¿Vas á rechazar una buena suerte por la miserable que á mi lado te espera?

—Sí, Vicente, sí.

—Piénsalo.

—Lo tengo pensado mucho ha, y hasta mi padre decía lo que pensado tengo.

—¿El qué?

—Que más vale dicha que suerte.

EPILOGO

Algunos años después de lo referido, se veía por las calles de Sanlúcar á un hombre pulcra y aseadamente vestido, de muy buena figura, de cara risueña, de ojos bellísimos, pero sin vista, que un precioso niño de cinco años conducía por



... se veía por las calles de Sanlúcar á un hombre pulcra y aseadamente vestido..

la mano, y á quien todos querían y saludaban cordialmente.

El Jueves Santo se sentaba á la puerta de una iglesia y con una bellísima voz cantaba la Pasión del Señor y las saetas con sus extrañas, tristes y solemnes modulaciones, cayendo en el sombrero que en la mano tenía, las dádivas de la caridad abundantes en estos días en que celebra la religión su apogeo.

Por Navidad, el mismo hombre iba á las casas, siempre acompañado por el niño, que entonces unía su vocecita fresca é infantil á la sonora y robusta voz de su padre, para cantar, acompañándose con la guitarra, las tiernas y alegres coplas de Nochebuena. Era acogido en todas partes con la alegría de esa santa fiesta, y regalado con la abundancia que, con nombre de aguinaldos, esparce la caridad en señal de regocijo en estos días. Lo demás del año vendía billetes de lotería.

Solíase encontrar con don Próspero, que estaba más flaco y más amarillo que antes, porque su genio apocado y poco propio para manejar un caudal, le daba cuidados que no eran compensados por satisfacciones ni goces. Siempre mirando al cielo por ver si se mostraba propicio á las necesidades de sus cosechas, siempre atemorizado con la baja de los mostos, siempre apurado con el aumento de las contribuciones, con las obras de las fincas y atrasos en los pagos de inquilinos,

y sin poder olvidar á Rosa, era un hombre muy desdichado á pesar de su dinero.

Cuando encontraba al pobre ciego tan contento y alegre, le decía:

—¡Qué suerte tienes, Vicente!

—No, señor—contestó éste—; no tengo suerte, eso quien la tiene es usted, don Próspero; no tengo *suerte*, pero tengo *dicha*.

Fin